

DIEZ: ¿COMO CALIFICARÍA SU VIDA?

PREFACIO

He llegado a pensar que Alguien nos alienta a medida que nos movemos hacia nuestro mejor futuro. Que alguna Audiencia nos está observando y aplaudiendo y gritando nuestros nombres en son de ánimo.

En 2005 mi esposa Sharon corrió su primer maratón, el Maratón de la Ciudad de Nueva York. Fue un gran evento en nuestro hogar. Sharon ha pasado una gran cantidad de tiempo en su vida alentándonos a cada uno de nosotros, tanto literal como figurativamente, así que esta era nuestra oportunidad de animarla a ella. Si usted sabe algo acerca de prepararse para un maratón, sabe entonces que ella tuvo que entrenarse increíblemente por muchos meses.

El maratón tuvo lugar un día domingo, y decidimos que tendría tiempo para estar presente en nuestro primer servicio matutino en la iglesia donde sirvo, ubicada en un suburbio de la ciudad de Nueva York, y que saldríamos directamente desde allí a animar a Sharon en el poste indicador del kilómetro número trece (octava milla).

Acompañado de nuestros hijos y algunos amigos que estaban acostumbrados a maniobrar a través del metro subterráneo y las calles de la ciudad, brincamos en un tren que nos llevó al interior de la ciudad. Después de mucho tiempo y esfuerzo gastado en avanzar a codazos por las multitudes adrenalínicas y bulliciosas, finalmente llegamos al poste indicado y esperamos a Sharon. Después de unos veinte minutos viendo pasar a miles de atletas, llegamos a la horrible conclusión de que nos habíamos perdido de verla. Sharon estaba corriendo más rápidamente de lo que habíamos anticipado, lo cual era en si algo bueno, pero nos decepcionó no haber podido ni verla ni animarla. Más importante aún: sabía que ella planeaba vernos allí y al no vernos, de seguro tuvo que haberse sentido devastada.

Calculamos enseguida que la próxima oportunidad para verla sería en el poste indicador del kilómetro número 27 (decimoséptima milla). Tres conexiones de

metro más tarde y después de correr nuestro propio mini-maratón, descendimos sobre el que probablemente era el lugar más abarrotado de la ciudad de Nueva York. Había decenas de miles de personas alrededor nuestro aplastadas juntas como sardinas, gritando palabras de ánimo a sus seres queridos. Puesto que soy un tipo bastante enérgico, conseguí meterme al frente, justo al lado de la barrera divisora, después de luchar y posiblemente maltratar a unos cuantos espectadores en el proceso. Ni siquiera pasaron cinco minutos hasta que la vi. Ella se había detenido para tomar un poco de agua, ¡pero estaba en el lado opuesto de esta calle ancha! Sin dejar que eso me desanimara, grité su nombre a voz en cuello y mecí mis brazos como un maniático tratando de captar su atención. En cierto momento ella levantó su cabeza y miró alrededor suyo pero, sin darse cuenta de nosotros, enseguida bajó la frente y siguió corriendo.

En ese momento, una desesperación inexplicable me inundó. Sabía que Sharon necesitaba vernos, y que necesitábamos verla. Así que hice lo que cualquier esposo normal, razonable y comprensivo haría. Salí corriendo por la acera tratando de alcanzarla. Probablemente no debería decir esto, pero en realidad no me importó quién o qué se interpuso en mi camino... ¡a derrumbar al que se meta de por medio! En cierto momento me paré encima de una barricada y grité: “¡Sharon! ¡Sharon! ¡Sharon!” pero ella ya había pasado de largo. ¡Qué horror! Al bajar de la barricada, me di cuenta de que me había separado completamente de mis hijos y los otros amigos que estaban con nosotros. No traía conmigo mi teléfono celular, y estaba básicamente perdido. Pero eso no importaba; sabía que eventualmente nos encontraríamos los unos con los otros. Tenía que localizar a Sharon. Detuve a un oficial de policía quien, al percibir mi desesperación, sugirió que el próximo lugar más aceptable para verla sería en el Parque Central, cerca a la línea de meta.

Así que emprendí carrera otra vez, y esta vez lo hice a toda velocidad hacia el parque al otro lado de Manhattan. ¡Jamás en mi vida corrí tan duro! Cuando por fin llegué allí, estaba empapado de sudor, mi estomago rugía del hambre, y tenía que usar el baño. Pero encontré un lugar en el poste indicador del kilómetro número cuarenta (milla vigesimoquinta), y me quedé de pie allí por una hora y veinte minutos, esperando a mi esposa. Después de ver a miles más de personas

afanándose, por fin la vi. Cabizbaja, obviamente agotada y tremendamente adolorida, seguía procediendo en mi dirección. Grité su nombre: ¡Sharon! ¡Sharon!” En un momento indescriptiblemente bello, sus ojos se encontraron con los míos. Salté de la acera, le dije lo mucho que quisimos verla, y comencé a animarla. Corrí el último kilómetro y medio (una milla) con ella, saliéndome del camino antes de llegar a la línea de meta.

Parte de lo que aprendí ese día es esto: Aunque ya entendía cuánto necesitaba Sharon que su familia la alentara, lo que realmente me sorprendió fue cuánto necesitaba animarla a ella. Necesitaba que ella me escuchara gritar su nombre, que supiera que estaba aquí por ella, que supiera que la amaba.

Recuerdo una línea en el guion de la comedia romántica *¿Bailamos?* en la cual un consejero cínico le pregunta a una esposa, que sufre una época decepcionante en su matrimonio, por qué creía en la idea del matrimonio. Ella le respondió: “Necesitamos a un testigo de nuestras vidas... en un matrimonio, estás prometiendo preocuparte por todo. Las cosas buenas, las cosas malas, las cosas terribles, las cosas mundanas... Estas diciendo, ‘Tu vida no pasará desapercibida, pues yo seré tu testigo.’ “

Ese día, aprendí lo mucho que necesitaba ser un testigo, la clase de testigo comprensivo, de los que gritan como lunático “Sé que estás cansada y tienes ganas de tirar la toalla pero tú puedes hacerlo.” He aquí mi punto: puede sonar un poco loco, pero creo que Dios está desesperado por alentarnos hacia nuestros futuros. Él es el último testigo de nuestras vidas. Él es nuestra audiencia principal, y Él quiere que lo escuchemos gritar nuestros nombres.

Es como esa escena final en *El Gladiador* en la que Máximo, ensangrentado, maltrecho y adolorido, se para en el Coliseo, apenas capaz de permanecer en pie sin desplomarse. Ha derrotado a los gladiadores más viciosos del imperio, y ha ganado el favor de las decenas de miles en la multitud. Comienzan a corear su nombre con un rugido ensordecedor. El grito de “¡Máximo! ¡Máximo! ¡Máximo!” reverbera a través del estadio entero. Mire, yo pienso que Dios es como esa clase de audiencia.

¿Puede usted escuchar Su voz – “como el rugido de grandes olas del mar o el retumbar de fuertes truenos”- gritando su nombre (Apocalipsis 14:2, NTV)?
Escuche. Escuche cuidadosamente. Escuche con su corazón. Óigalo como lo llama. Él lo ve todo. Él ha presenciado sus victorias. Él está consciente de sus derrotas. Él quiere que sus sueños divinamente inspirados se hagan realidad. Él quiere que usted ayude a hacer de Su mundo todo lo que Él sabe que puede llegar a ser. Él está aquí para usted. Alentándolo. Y si Dios está con nosotros, entonces ¿cómo podemos hacer cualquier otra cosa sino creer que nuestro mejor futuro está a nuestro alcance? Y así es, una mejor vida de la que podamos imaginarnos está justo enfrente. Y Dios la desea para nosotros inclusive más de lo que la deseamos.